

avaricia, y estolidez la mansedumbre, al paso que en los hijos del mundo llamará generosidad la ira, la avaricia cuidado, y las familiaridades honrosos entretenimientos. ¡Cuán cierto es que las arañas echan á perder lo que trabajan la abejas!

Pero dejemos, Filotea, que grite cuanto quiera ese ciego, como la lechuza para inquietar los pajarillos: mantengámonos firmes en nuestros propósitos, invariables en nuestras resoluciones, y la perseverancia hará ver si de veras y de corazón nos hemos consagrado á Dios y dedicado á la vida devota. En la apariencia casi lo mismo lucen los cometas que los planetas; pero los cometas desaparecen al cabo de poco tiempo. porque son fuegos pasajeros, y los planetas tienen una claridad duradera: así la hipocresía y la verdadera virtud son en el exterior muy semejantes, pero no es difícil distinguir la una de la otra, porque la hipocresía no dura, sino que se disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme y constante. Finalmente, padecer por la devoción oprobios y calumnias es oportunísimo medio de cimentarla en nosotros con más firmeza; pues esto nos libra del peligro de vanidad y de orgullo, que son como las comadres de Egipto, á quienes el Faraón infernal ha encargado que den muerte á los hijos varones de Israel el mismo día de su nacimiento. Estamos crucificados al mundo, y el mundo ha de estar crucificado para nosotros: él nos tiene por locos, tengámosle nosotros también por insensato.

ARTÍCULO XIX

QUE ES NECESARIO TENER BUEN ÁNIMO

Aunque la luz es tan hermosa y apetecible á nuestros ojos, los deslumbra sin embargo cuando han estado mucho tiempo entre tinieblas; y hasta que uno se acostumbra al trato de las gentes de algún país, por más corteses y

agradables que sean, siempre le causan alguna cortedad. Bien podrá suceder, Filotea, que al hacer esta mudanza sientas muchas rebeliones en tu interior, y que el haberte despedido enteramente de las locuras y necedades del mundo produzca en tí algún sentimiento de tristeza y cobardía. Si tal te sucediere, ten un poco de paciencia por vida tuya, que todo esto no será nada, ni puede ser más que extrañar la novedad; ello se pasará, y recibirás muchísimos consuelos: al principio puede ser que sientas dejar aquella gloria que en tus vanidades te tributaban los necios y engañadores; pero ¡ay Dios! ¿querrás por eso perder la gloria eterna y verdadera que el Señor te tiene preparada? Se le representarán todavía á tu corazón las vanas diversiones y pasatiempos en que has consumido los años pasados, y querrán atraerle y hacerle volver á ellos, pero ¿tendrás ánimo para privarte de aquella eternidad dichosa por unas engañosas niñerías? Créeme, si perseveras, bien pronto sentirás interiores dulzuras, tan deliciosas y agradables, que te harán confesar que las del mundo son hiel comparadas con esta miel suavísima, y que un día solo empleado en la devoción vale más que mil años de vida mundana.

Pero al ver cuán elevado es el monte de la perfección cristiana, te oigo decir: Dios mío. ¿cómo he de poder yo subir á él? Animo Filotea: cuando empiezan á tener figura las crías de las abejas, á quienes dan el nombre de ninfas, aun no pueden volar á ponerse sobre las flores, ni ir á los montes y collados circunvecinos para recoger la miel; pero manteniéndose con la que han recogido sus madres, poco á poco van echando alas y fortificándose de modo que después vuelan por todo el campo á recogerla. Todavía somos á la verdad como ninfas pequeñas en la devoción, y no estamos en estado de subir donde apetecemos, que es nada menos que la cima de la perfección cristiana; pero si empezamos á ir teniendo figura por medio de nuestros deseos y propósitos, ya comienzan á nacernos

alas, y bien podemos esperar que seremos algún día espirituales abejas, y que volaremos; mas entre tanto vivamos con la miel de tantos documentos como nos han dejado los devotos antiguos, y pidamos á Dios que nos dé alas como de paloma, para que no sólo podamos volar en el tiempo de la vida presente sino también alcanzar el reposo en la eternidad de la futura.

ARTÍCULO XX

DE LA NATURALEZA DE LAS TENTACIONES Y DE LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE SENTIR Y CONSENTIR EN LA TENTACIÓN

Figúrate, Filotea, que á una princesa joven y muy amada de su esposo, un malvado que desea corromperla y manchar su tálamo le envía algún infame mensajero de amor para que trate con ella su desventurado proyecto: este mensajero primeramente propone á la princesa la intención de su señor; en segundo lugar ella da ó no da acogida á su proposición y mensaje, y en tercero la acepta ó la desecha: de este mismo modo el demonio, el mundo y la carne, viendo el alma desposada con el Hijo de Dios, envían tentaciones y sugerencias, por medio de las cuales primeramente se le propone el pecado; en segundo lugar ella se complace ó se disgusta, y en tercero consiente ó no consiente, que son en suma los tres grados por donde se baja á la maldad, es á saber, tentación, delectación y consentimiento: y aunque estas tres acciones no se conocen claramente en toda suerte de pecados, palpablemente se ven en los graves y enormes.

Aunque toda la vida durase la tentación de algun pecado, no bastaría para hacernos desagradables á la Divina Majestad, si nouviésemos complacencia en ella ni diésemos nuestro consentimiento: la razón es, porque en la tentación no obramos sino sufrimos, y puesto que no tene-

mos gusto en ello, tampoco podemos tener culpa alguna. San Pablo padeció mucho tiempo tentaciones de la carne, y estuvo tan lejos por eso de ser desagradable á Dios, que por el contrario fué Dios glorificado en ellas: tan crueles fueron las tentaciones carnales que padeció la bienaventurada Angela de Foligni, que causa compasión la relación que hace de ellas: grandes fueron también las tentaciones que tuvieron San Francisco y San Benito, cuando para mitigarlas, el uno se arrojó entre las espinas, y el otro se sepultó en la nieve, y sin embargo nada descaecieron por esto de la gracia de Dios, antes bien la acrecentaron mucho.

Conviene, pues, Filotea, tener mucho ánimo en las tentaciones, y no creerse vencida mientras ellas desagraden, observando bien la diferencia que hay entre sentir y consentir, la cual está en que podemos sentir las, aunque nos desagraden; pero no podemos consentir, sin que nos causen algún placer, puesto que ordinariamente se pasa por el placer al consentimiento. Pues por más que los enemigos de nuestra salud nos presenten cebos y atractivos; por más que permanezcan continuamente á la puerta de nuestro corazón pretendiendo entrar en él; por más que nos hagan cuantas proposiciones quieran, mientras nosotros nos mantengamos resueltos á no complacernos en nada de esto, no es posible que ofendamos á Dios: así como el príncipe, esposo de la princesa que arriba figuramos, no puede darse por sentido del mensaje, si ella no tuvo gusto alguno en escucharle. Pero en cuanto á esto hay una diferencia entre el alma y la princesa: ésta, oída la deshonesta proposición, puede, si quiere, arrojar de sí al mensajero, y no escucharle; pero el alma no siempre tiene en su mano el no sentir la tentación, aunque siempre está en su mano el no consentir en ella; y así por más que la tentación dure y persevere mucho tiempo, no puede sernos dañosa, si nos es desagradable.

En cuanto á la delectación que puede seguirse á la ten-

tación, como en nuestra alma tenemos dos partes, una inferior y otra superior, y la inferior no siempre obedece á la superior sino que obra por sí, sucede no pocas veces que la parte inferior se complace en la tentación sin consentimiento, antes bien con disgusto de la superior; y esta es aquella contradicción y guerra que pinta el Apóstol cuando dice, que la carne codicia contra el espíritu, y que hay una ley en los miembros, y otra ley en el espíritu, con otras semejantes expresiones.

¿No has visto alguna vez, Filotea, un gran brasero lleno de lumbre, pero cubierta de ceniza, que cuando vienen al cabo de diez ó doce horas á buscar fuego en él, no encuentran más que un poco en el medio, y aun esto con gran trabajo? pues sin duda estaba allí el fuego, puesto que le han encontrado, y con él pueden volver á encender todos los carbones que ya se habían apagado: lo mismo acaece con la caridad, que es la vida de nuestra alma, en medio de las grandes y violentas tentaciones; porque la tentación, esparciéndola delectación en la parte inferior, como que cubre toda el alma de ceniza, y reduce el amor de Dios al fondo, de modo que no se ve en otra parte que en el medio del corazón y en lo más profundo del espíritu; y aunque parece que ni aun allí le hay, y cuesta mucho trabajo el encontrarle, le hay en realidad, puesto que por más que estén llenos de turbación el alma y el cuerpo, nos mantenemos firmemente resueltos á no consentir en el pecado ni en la tentación; de modo que la delectación agrada al hombre exterior, pero desagrade al interior; y por más que esté rodeando por todas partes á la voluntad, no tiene entrada en ella, en lo cual se conoce que semejante delectación es involuntaria, y siéndolo, no puede ser pecado.

ARTÍCULO XXI

DOS ADMIRABLES EJEMPLOS DE LO DICHO

Quiero extenderme algo más en explirar esta doctrina,

porque importa mucho entenderla bien. ¿Qué extraños accidentes sentiría aquél joven, de que habla San Jerónimo, acostado y atado con gran delicadeza en un blando lecho con ataduras de seda, y provocado con todos los malvados atractivos posibles por una mujer deshonestamente acostada con él exprofeso para derribar su constancia? Estarían sin duda sus sentidos acometidos de la delectación, y ocupada su imaginación de los objetos voluptuosos que tenía presentes, no cabe duda; pero sin embargo, entre agitaciones tan repetidas, en medio de tan terrible torbellino de tentaciones, rodeado de tantos placeres que le circundan, podemos asegurar que su corazón no ha sido vencido, y que su voluntad no consiente de modo alguno; pues viendo su alma que todo se rebela contra ella, y que de todos los miembros de su cuerpo solo queda en su poder la lengua, se la corta con los dientes, y la escupe en el rostro de aquella alma vil que atormentaba la suya con los placeres más cruelmente que hubieran podido los verdugos con los más atroces tormentos, como lo conoció aun el tirano, que no teniendo esperanza de vencerle con los dolores quiso triunfar de él con los placeres.

Admirable es también la batalla de Santa Catalina de Sena en un caso semejante. Tuvo el maligno espíritu licencia de Dios para tentar la pureza de esta Santa Virgen con la mayor rabia que pudiese, con tal que no llegase á tocarla. Esparció, pues, en el corazón de la Santa mil maneras de sugestiones impúdicas, y para moverla más, dejándose ver juntamente con sus compañeros, en figura de hombres y de mujeres hacían actos carnales y deshonestidades á su vista, diciendo también palabras y expresiones deshonestísimas; y aunque todas estas cosas eran exteriores, se internaban por medio de los sentidos en el corazón de aquella Virgen, que como ella misma confesaba se vió llena de estas especies, no quedándole otra cosa libre de la agitación tempestuosa de los placeres carnales, sino la voluntad superior únicamente, lo cual duró mucho

tiempo, hasta que apareciéndosele un día Nuestro Señor, le dijo la Santa: ¿Dónde estábais, dulce Señor mío? ¿dónde estábais, cuando mi corazón se veía lleno de tantas tinieblas é inmundicias? Dentro de tu corazón estaba yo, hija mía, respondió el Señor. ¿Cómo habéis podido habitar, replicó la Santa, en mi corazón, en que había tantas asquerosidades? ¿habitáis Vos en lugares tan deshonestos? Y Nuestro Señor le dijo: Dime, ¿esos pensamientos inmundos te causaban placer ó tristeza? ¿amargura ó delectación? Suma tristeza y amargura, respondió la Santa. ¿Pues quién, replicó el Señor, producía en tu corazón esa suma tristeza y amargura, sino yo que estaba escondido en lo más interior de tu alma? Créeme, hija mía, que si yo no me hubiera hallado presente, esos pensamientos que andaban alrededor de tu voluntad sin poder asaltarla, la hubieran expugnado sin duda, y entrando en ella, hubieran sido admitidos con gusto por tu libre albedrío, y hubieran dado muerte á tu alma; pero como estaba yo dentro de tu corazón, le llenaba de aquel disgusto y resistencia con que se apartaba todo cuanto podía de la tentación, y el ver que no podía tanto como quisiera, aumentaba su disgusto y encono contra ella y contra sí mismo, de modo que estas penas eran de gran mérito y provecho para tí, y acrecentaban mucho tu virtud y fortaleza.

Vé aquí, Filotea, como estaba el fuego cubierto de ceniza, y cómo la tentación y delectación habían entrado en el corazón y tenían cercada la voluntad, la cual, sola con la asistencia de su Salvador, resistía á las sugerencias del pecado con las amarguras, disgustos y detestaciones, negando siempre su consentimiento á la culpa que la rodeaba. ¡Oh Dios, qué tormento es para el alma enamorada del Señor no saber siquiera si él habita en ella ó no, y si el amor divino, por el cual pelea, está ó no del todo apagado! pero es la más exquisita flor de la perfección del amor celestial hacer que por él sufra y pelee el amante sin saber si posee el amor, con quien y por quien pelea!

ARTÍCULO XXII

ALIENTO PARA EL ALMA QUE SE HALLA TENTADA

Permite Dios que sufran estos grandes asaltos y tentaciones solamente aquellas almas que quiere elevar á su amor puro y sublime; pero no se infiere de aquí, Filotea, que después de esto estén ya seguras de llegar á él; porque muchas veces ha sucedido que los mismos que se mantuvieron constantes en combates tan violentos, descuidándose después en corresponder con fidelidad á la divina gracia, han sido vencidos de tentaciones muy ligeras. Digo esto, para que si te sucede hallarte afligida con grandes tentaciones, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, con que manifiesta que te quiere engrandecer en su presencia; pero pretendo también que seas siempre humilde y temerosa, no teniéndote por segura de poder vencer las tentaciones ligeras, aunque hayas triunfado de las grandes, si no eres siempre fiel á Dios.

Vengan pues, las tentaciones que vinieren, y aunque se siga á ellas delectación, siempre que tu voluntad no consienta ni á la tentación ni aun á la delectación, no tienes por qué turbarte, pues no hay ofensa de Dios. Cuando es uno herido del pasmo y no da señal alguna de vida, le ponen la mano sobre el corazón, y si se percibe algun movimiento, por pequeño que sea, conocen que está vivo, y que con algun licor espirituoso ó algun confortativo se le hará volver á recobrar el sentido y la fuerza; así sucede algunas veces con la violencia de la tentación: parece que el alma ha perdido totalmente sus fuerzas, y que como pasmada no tiene vida espiritual ni movimiento; mas para conocer la verdad, pongamos la mano sobre el corazón, consideremos si el corazón y la voluntad conservan su movimiento espiritual, esto es, si rehusan, como deben, consentir y seguir la tentación y delectación; pues mientras subsista en nuestro corazón el movimiento de resistencia,

estemos ciertos de que hay en nosotros caridad, que es la vida del alma, en la cual está Jesucristo nuestro Salvador, aunque escondido y encubierto; y que por tanto, con el ejercicio continuo de la oración, de los Santos Sacramentos y de la confianza en Dios recobramos las fuerzas, y viviremos una vida cabal y deliciosa.

ARTÍCULO XXIII

DE COMO LA TENTACIÓN Y DELECTACIÓN PUEDEN SER PECADO

Aquella princesa, de quien hablamos arriba, ninguna culpa tuvo en la proposición deshonesta que se le hizo, porque, como supusimos, fué contra su voluntad; pero si por el contrario hubiese ella dado ocasión á la solicitud con algunos atractivos, pretendiendo enamorar al que la festejaba, no hay duda en que sería culpable de la misma solicitud; y aunque ella después se hiciese desentendida, no dejaría con todo de merecer reprehensión y castigo. De este modo sucede algunas veces, que con sólo la tentación ya pecamos, porque somos causa de ella. Por ejemplo: si sé que voluntariamente me dejo llevar de la ira y prorumpo en blasfemias en el juego, que es para mi ocasión de tales culpas, siempre y cuantas veces juegue, peco y soy culpable de todas las tentaciones que me sobrevengan en el juego; del mismo modo cuando conozco que alguna conversación me acarrea tentaciones y caídas, con sólo ir á ella voluntariamente, me hago culpable sin duda alguna de todas las tentaciones que allí me ocurrieren.

Siempre que se puede evitar la delectación que de la tentación se sigue, es pecado tenerla, más ó menos grave, según la grandeza ó pequeñez, y la mayor ó menor duración del placer que se tiene y del consentimiento que se le dá. Sería sin duda reprehensible la princesa, de quien hemos hablado, si no sólo oyese la proposición impura y

deshonesta que le hacían, sino que después se complaciese en ella, pensando con gusto en esta materia; pues aunque no pensase consentir en la ejecución real de lo que le proponían, consentía sin embargo en aplicar espiritualmente su corazón por medio del placer que de ello recibía pues no tiene duda que es deshonestidad llegar, ya sea el corazón, ya sea el cuerpo, á objeto deshonesto, y esta aplicación del corazón ó consentimiento de la voluntad es tan esencial para la culpa, que sin ella la puramente material del cuerpo no puede ser pecado.

Considera, pues, cuando te veas tentada de algun pecado, si has dado voluntariamente causa para serlo, pues entonces en la misma tentación hay culpa, porque te expusiste á este riesgo: esto se entiende si pudiste cómodamente evitar la ocasión, y previste ó debiste prever que había de seguirse tentación; pero si no has dado causa alguna para ello, de ningún modo se te puede imputar á pecado.

Quando pudiendo evitar la delectación que de la tentación se sigue, no se evita, siempre hay algún pecado, mayor ó menor, según la mayor ó menor detención, y según el objeto de la complacencia. Una mujer que no ha dado causa para que la requiebren, pero tiene gusto en ser requiebrada, es, sin duda, reprehensible, si se complace únicamente de los requiebros: pongamos por ejemplo, si el galán que quiere enamorarla es sumamente diestro en tocar el laúd, y ella tiene gusto, no en que la enamore, sino en oír la armonía y dulzura de aquel instrumento, no habrá pecado alguno, aunque ella no debe permanecer mucho tiempo en esta diversión, por no exponerse, á pesar de ella, á tener complacencia en la solicitud: del mismo modo si me propone alguno una estratagema muy ingeniosa y de grande artificio para tomar venganza de mi enemigo, y yo ni consiento ni tengo complacencia alguna en la venganza que se me propone, sino sólo en la sutileza de la invención y artificio, no hay duda en que no peco, aunque no es del caso entretenerme mucho en este gusto, no sea

que poco á poco me vaya llevando á tener alguna delectación en la venganza.

Suelen á veces ciertas cosquillas de delectación, que siguen á la tentación inmediatamente, sorprenderle á uno antes que haya podido echarlo de ver, y esto cuando más podrá ser pecado venial muy leve, el cual será mayor, si después que uno conoce el mal en que se halla, permanece algún tiempo por negligencia, como regateando con la delectación, si puede ó no puede admitirla; y todavía será mucho mayor si teniendo ya conocimiento, permanece en ella algún tiempo por verdadera negligencia, sin propósito alguno de desecharla; pero cuando voluntariamente y de propósito deliberado estamos resueltos á complacernos en semejantes delectaciones, este propósito deliberado es pecado grave, si el objeto en que tenemos la delectación es gravemente malo. En una mujer es pecado gravísimo entretener amores malos, aunque no quiera entregarse jamás realmente al amante.

ARTÍCULO XXIV

REMEDIOS CONTRA LAS TENTACIONES FUERTES

Apenas sientas en tí alguna tentación, has de hacer lo que los niños cuando ven algún lobo ó algún oso en el campo, que al punto corren á echarse entre los brazos de su madre ó de su padre, ó á lo menos los llaman para que les ayuden y socorran. Acude tú á Dios, del mismo modo, implorando su misericordia y su auxilio, que este es el remedio que nos enseña Nuestro Señor: *Orad, para que no entréis en la tentación.* (Math, XXVI, 41).

Si con todo eso ves que la tentación dura ó se acrecienta, corre espiritualmente á abrazarte con la Santa Cruz, como si vieras delante de tí á Jesucristo crucificado; ofrece no consentir en la tentación; pídele socorro para vencerla, y persevera todo el tiempo que durare protestando que no quieres consentir en ella.

Pero en tanto que haces estas protestas, y rechazas el consentimiento, ni mires á la tentación el rostro; mira, sí, á Nuestro Señor; porque si fijas tus ojos en la tentación, en especial cuando es muy violenta, podrá hacer titubear tu esfuerzo.

Aparta la tentación con algunas ocupaciones buenas y laudables; porque estas, entrando en el corazón y asentándose en él, desalojarán las tentaciones y sugerencias malignas.

Pero el gran remedio contra todas las tentaciones grandes ó pequeñas es abrir el pecho al director espiritual, y manifestarle las sugerencias, sentimientos y afectos que se sienten; pues es muy de notar que el primer pacto que hace el maligno con el alma que quiere seducir, es que calle, como hacen los que quieren engañar á las mujeres casadas ó doncellas, que lo primero les encargan que no manifiesten sus propuestas á los padres ó maridos; cuando por el contrario Dios en sus inspiraciones nos encarga sobre todo que las manifestemos, para que sean reconocidas por nuestros superiores y maestros espirituales.

Y si después de todo lo dicho persiste la tentación en labrarnos y perseguirnos, persistamos también nosotros en protestar que no queremos consentir; pues así como la doncella no puede ser casada mientras se mantiene diciendo que no; así el alma, por más agitada que esté, no puede ser violada mientras dice que no.

No entres en disputas con tu enemigo, ni le respondas otra palabra más que aquella que le respondió el Salvador, con la cual le dejó confundido: *Apártate de ahí, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.* (Matth. IV, 10). Y como la casta esposa no debe responder palabra ni mirar el rostro al vil perseguidor que le propone alguna deshonestidad, sino que, volviéndole la espalda, debe en al mismo punto convertir su corazón hacia su esposo, y tornarle á jurar la fidelidad que le tiene prometida, sin detenerse en regateos;

así el alma devota, al verse asaltada de alguna tentación, de ningún modo debe detenerse en disputas ni respuestas, sino convertirse sencillamente hacia Jesucristo su esposo, protestando de nuevo guardarle fidelidad, y asegurando que para siempre quiere ser únicamente suya.

ARTÍCULO XXV

CUÁN NECESARIO ES RESISTIR Á LAS TENTACIONES LIGERAS

Aunque el resistir con ánimo invencible á las tentaciones grandes es obligación precisa, y nos acarrea gran provecho la victoria que de ellas alcanzamos, tal vez, sin embargo, son mayores las ventajas de resistir con esfuerzo á las tentaciones ligeras; pues si las grandes exceden en la calidad á las pequeñas, éstas las sobrepujan tan considerablemente en el número, que su victoria puede ciertamente compararse con el vencimiento de las mayores. Es cierto que los lobos y los osos son mucho más nocivos que las moscas; pero también es cierto que no dan tanta molestia y enfado como ellas, ni ejercitan tanto nuestra paciencia. Fácil es no cometer homicidios, pero es muy difícil evitar los enfados pequeños de que continuamente se nos presentan ocasiones: no le es difícil al hombre ó á la mujer librarse de adulterio; pero no le es tan fácil estorbar las miradas, el enamorar ó ser enamorada, el procurar gracias y favores ligeros, y el decir y escuchar requiebros; fácil es no consentir que tenga rival la mujer ó el marido en cuanto al cuerpo, pero no es tan fácil en cuanto al corazón; es fácil no manchar el tálamo nupcial, pero es difícil mantener ileso el amor conyugal; es fácil no robar los bienes ajenos, pero no lo es no apetecerlos ni codiciarlos; es fácil no decir en juicio falsos testimonios, pero no lo es tanto no mentir en la conversación: fácil es no embriagarse, pero no es tan fácil ser templado y sobrio; fácil es no desear á otro la muerte, pero es difícil no de-

searle incomodidad alguna; es fácil no quitar á otro la fama, pero no es tan fácil no despreciarle; en una palabra, las tentaciones ligeras de ira, de sospecha, de celos, de envidia, de amor, de ligereza, de vanidad, de doblez, de afectación, de artificio, de pensamientos impuros son continuo ejercicio aun de los más devotos y constantes; por lo cual es necesario, amada Filotea, prepararse para esta batalla con sumo cuidado y diligencia; pero puedes estar segura de que cuantos sean los triunfos que alcancemos contra estos enemigos pequeños, tantas serán las preciosas piedras que adornen la corona de gloria que Dios nos prepara en su reino. Por tanto, sin dejar de estar aparejados para resistir con valor y vigilancia á las tentaciones grandes, si vinieren, debemos también defendernos con esfuerzo y diligencia de los acometimientos menores y ligeros.

ARTÍCULO XXVI

DEL MODO DE RESISTIR Á LAS TENTACIONES LIGERAS

Ya que es imposible librarse enteramente de la importunidad de estas tentacioncillas de vanidad, de sospecha, de disgusto, de celos, de envidia, de enamoramiento y otros semejantes trampantojos, que como moscas ó moscones nos pasan por delante de la vista, y ya nos pican en la mejilla, ya en la nariz, el mejor modo de resistir á ellas es no apurarnos; pues, aunque nos pueden molestar, no podrán dañarnos, si estamos firmemente resueltos á servir á Dios.

De tales embestidillas, pues, ni has de hacer caso ni pararte siquiera á pensar qué significan: déjalas como á las moscas susurrar cuanto quieran junto á tus oídos, volando aquí y acullá al rededor de tí; y cuando vengan á picarte, y veas que de algún modo se paran en tu corazón, no hagas más que ojearlas, no poniéndote á pelear con ellas ni á darles respuesta, sino haciendo cualesquiera actos contrarios, pero en particular de amor de Dios; pues á mi pa-

recer no conviene empeñarse en querer oponer la virtud contraria á la tentación que se padece, porque sería en algún modo disputar con ella, sino después de haber hecho un acto de la virtud directamente contraria, si cómodamente se conoce la calidad de la tentación, se ha de volver sencillamente el corazón á Jesucristo crucificado, besando sus sagrados piés por medio de un acto de amor suyo. Este es el mejor modo de vencer al enemigo, tanto en las tentaciones pequeñas como en las grandes; pues como el amor de Dios contiene en sí las perfecciones de todas las virtudes, y aun con más excelencia que ellas mismas, es también el mejor remedio contra todos los vicios: y acostumbrado el espíritu á recurrir en todas las tentaciones á este asilo común, no tendrá que mirar ó examinar que tentaciones padece, sino acudir, apenas se siente agitado, á éste gran remedio, el que además de lo dicho es tan formidable al espíritu maligno, que cuando ve que sus tentaciones nos incitan al divino amor, deja de tentarnos.

Y baste esto en cuanto á las tentaciones pequeñas y frecuentes, con las cuales el que quisiese entrar en singular batalla, se confundiría, y no conseguiría cosa alguna.

ARTÍCULO XXVII

CÓMO SE HA DE FORTALECER EL CORAZÓN CONTRA LAS TENTACIONES

Has de examinar de cuando en cuando cuáles son las pasiones dominantes de tu alma, y cuando las hayas conocido, emprende un tenor de vida opuesto á ellas en pensamientos, palabras y obras. Si conoces por ejemplo que eres inclinada á la pasión de la vanidad, piensa muy á menudo en las miserias de la vida humana, en los remordimientos de conciencia que causarán á la hora de la muerte sus vanidades, cuán indignas son de un corazón generoso que son juguetes y divertimientos de chiquillos, y otras

cosas á este modo. Habla frecuentemente contra la vanidad, y despréciala aunque te parezca que es de mala gana; pues por este medio te harás del partido contrario, hasta en la creencia de los demás; porque á fuerza de hablar mal de alguna cosa, venimos á aborrecerla, aunque la hayamos mirado al principio con alguna afición; practica obras abyectas y humildes, aunque veas que es necesario hacerte fuerza, que de este modo te acostumbrarás á la humildad, y disminuirás las fuerzas de la vanidad, para que cuando llegue la tentación no pueda tu inclinación serle tan favorable, y tengas más fuerzas para combatirla. Si eres propenso á la avaricia, piensa muchas veces en la necesidad de este vicio, que nos hace esclavos de lo que ha sido criado sólo para servirnos á nosotros; que con la muerte todo lo dejaremos, y dará en manos de quien lo disipe, ó tenga en ello su ruina y condenación, con otros pensamientos semejantes: habla siempre contra la avaricia, alaba mucho el desprecio del mundo, hazte violencia para dar frecuentemente limosna y hacer obras de caridad, y no aproveches todas las ocasiones de adquirir.

Si eres inclinada á enamorar ó escuchar amores, piensa con frecuencia cuán peligroso es este entretenimiento, no sólo para tí, sino también para los otros; que es cosa indigna profanar y emplear en pasatiempos el afecto más noble de nuestra alma; que te expones á ser tenida por inconstante. Alaba frecuentemente la pureza y sencillez de corazón, y en cuanto puedas arregla á ella todas tus acciones evitando afectaciones y lisonjas.

Finalmente, en tiempo de paz, esto es, cuando no te molesten las tentaciones de aquel pecado á que eres inclinada, te has de ejercitar en actos de la virtud contraria; y si no se te presenta ocasión para ello, búscala, para fortalecer por este medio tu corazón contra la tentación futura.